

Proposiciones ilegítimas

Amigo Bogliolo:

He leído el opúsculo. Sin parecer, el autor deja bien marcado su programa. No dice nada de nuevo, ni hacia al caso.

Sabemos a cuál escuela pertenece. Allí tiene usted a Abel Rey, que toca el mismo punto con verdadera competencia y moderación.

Tampoco Rey dice cosas nuevas: el gran patriarca es Ribot. Pero al declarar que no expone cosas nuevas, entiendo decir que no son nuevas esas pretensiones, esas esperanzas, esos vaticinios. De los problemas no es el caso de hablar: el autor del opúsculo se limita a la parte de agorero, a predecir lo que será o no será, y no entra en lo vivo de las cuestiones. No se hablará de Dios; no se hablará ni de alma ni de espíritu ni de libre albedrío; no habrá ya deducción ni dialéctica. El método será uno y el mismo para todas las ciencias: el método experimental; y otras afirmaciones por el estilo, de que tenemos llenos los oídos. Sin embargo, hay una cosa nueva.

Ribot dice que la filosofía será reducida a la metafísica, porque todo lo demostrable y probable pertenecerá a la ciencia; a la filosofía le quedará el campo de las quimeras, de la pesadilla y de lo absurdo. No, sostiene el autor, por mucho que la ciencia avance, siempre se encontrará con relaciones nuevas, tanto más cuanto que la realidad misma está en continua transformación.

Una zona clara, muy clara, que se dilata continuamente, y otra de luz crepuscular, a donde no tienen acceso el experi-

mento, pero sí solamente la razón, con sus hipótesis *legítimas*. A esta última zona se la denomina "filosofía". Pues bien; el autor propone que se la llame "metafísica": he aquí la novedad. Dos campos entonces: el de las ciencias, todas reducidas a las físicas o enlazadas con ellas, y un más allá *de la física* ("metafísica").

Hay algo todavía. Ante todo, la "hipocresía" de los filósofos que han escrito hasta el día acerca del alma y de Dios, por temor a las autoridades. Kant es citado nominalmente. Su retractación de la razón práctica, según el autor, debía servirle de pararrayos contra la saeta atraída por los atrevimientos de la razón pura. No me parece, y creo que a este propósito Rey está en lo cierto.

Kant era *voluntarista*. El voluntarismo se remonta a San Agustín, que ponía la voluntad sobre la inteligencia, y libre de las determinaciones de ésta. Su conclusión es que lo bueno y la verdad son tales, porque así le plugo a Dios. San Pedro Damiani concluyó que la razón no vale sino para el mundo de nuestra experiencia, no excluido el principio de contradicción.

Es que el autor bajo ninguna forma admite concesiones a las *ideas vulgares* (Dios, alma, espíritu). Lástima que este materialismo se parezca mucho al que Rey llama materialismo vulgar.

* * *

¿Pero para qué detenernos en el examen del opúsculo, con peligro de parecer malignos y dudar de las buenas intenciones del prójimo? ¿A sus pretensiones qué se puede oponer sino otras pretensiones? ¿A su materialismo vulgar qué podremos contraponer sino un vulgar espiritualismo? ¿No es mejor hablar de ideas y olvidar las personas?

Primeramente esta escuela pretende que la filosofía prolongue las direcciones de todas las ciencias, hasta su encuentro. Como se trata de imágenes y no de ideas, uno a veces no sabe qué decir. Si la imagen tiene algún sentido, querrá significarse con ella que la filosofía ha de esperar a que las ciencias alcancen su término definitivo, y luego avanzar por sí. ¿Y

qué hará avanzando? Cada ciencia traza en su propio campo una dirección bien determinada.

Supongamos acabada la obra. Tendremos un campo surcado por tantas sendas como ciencias; que en cierto límite se detienen todas, porque el experimento no puede ir más allá. La filosofía, que estuvo aguardando, se presenta entonces; saca la vara de las hipótesis, y, en la dirección de todas las sendas de las ciencias, traza en el campo "inexperencial" cantidad de surcos que se cruzan en un punto determinado. ¡Qué vano trabajo! Si las ciencias prosiguen siempre su camino sin variar de dirección, bastan pocas nociones elementales de trigonometría para calcular ya, desde ahora, cuál será su punto de encuentro.

La verdad es que la filosofía, por su naturaleza, se anticipa a las ciencias. Singular es ver que el mismo Rey lo declara, él, que en otro tratado acusa a los filósofos griegos de haberse apresurado excesivamente. No importa mucho el conocimiento de los detalles. Lo que busca la filosofía *es el todo*; y éste se ve mejor a cierta distancia. Desde la tierra es más fácil comprender la redondez de la luna, que si estuviésemos en ella.

Intuición es la idea del todo. Hay genios que la obtienen de pocos datos: un hueso le bastó a Cuvier para reconstruir el mamuth, y el conocimiento de la posición de sólo tres puntos le fué suficiente a Leonardo de Vinci para trazar la forma de todo el continente americano.

Sucede lo mismo en la percepción. En presencia de un objeto, la atención se fija primeramente *en el todo*, y lo que se aprende es la revelación de las partes. En éstas la atención no se fija sino después. Lo que caracteriza, lo que individualiza es el punto de arribo.

En el proceso reflejo se sigue el camino contrario; y por eso aquella idea genérica para el filósofo viene última. Aristóteles, agudo observador del hecho, lo indica. Lo mismo en el sentir, dice, como en el pensar, el proceso es de lo confuso a lo claro. En el primer momento un objeto aparece como si se viera a la distancia. El pintor imita el proceso natural: primero bosqueja el todo, y luego acaba las partes. Si em-

pezara por ellas, lo que hoy llaman síntesis no se lograría nunca. El niño, cuya importancia es tan grande en la ciencia moderna, con seis palitos y una bolita representa un hombre. Se ha notado que el niño es generalizador; y así es verdaderamente: en las partes poco repara.

¡Aquella *imagen genérica* es la idea, así como aquella relación es la misma en todos los individuos de la especie, y no entran en ella las notas individuales; por eso sirve para reconocerlos y es a lo que corresponde el nombre común.

Pues así sucedió con la ciencia: primero se fijó la atención en el todo; y he aquí cómo nació la filosofía, en el momento preciso. Pero tras el bosquejo hay que hacer el cuadro, y allí es el borrar y volver a empezar.

* * *

¡El experimento!, dicen, inflando los carrillos, Hablan de la ciencia como si la hubiesen creado ellos, cual si tuviesen su monopolio. Traen a la memoria esos bedeles y porteros de las casas señoriles: el mismo empaque, la misma petulancia y la misma ostentación de los desechos del dueño.

Quieren reservar el nombre de sabios para los de su villa. Como en Rusia, todo es legítimo menos lo legítimo. Mas no olvidemos que son hermanos nuestros.

Después de todo, la diferencia entre sabios y no sabios es igual que antes de Sócrates: los primeros saben que no saben, y los otros creen saber, ignorándolo todo. La falsa sabiduría es la misma siempre: hoy se denominan *hombres de ciencia*; entonces se llamaban *sofistas*. Hoy como entonces se proclaman mensajeros de una doctrina nueva, en armonía con las exigencias de la vida; hoy como entonces seducen a la juventud con el espejismo de quiméricas libertades, y como entonces hoy son los enemigos de la metafísica. Tan es verdad que en los sofistas trazó Platón un tipo eterno.

Protágoras no tuvo ningún sistema; pronunció un aforismo: "El hombre es la medida de todas las cosas", fórmula del relativismo moderno. La doctrina presupuesta por tal sentencia la imaginó Platón. Se equivoca, pues, Zeller, a pesar

de su competencia en la materia, cuando expone el sistema de Protágoras. Este y su supuesto sistema, y Heráclito, con cuyo sistema Platón relaciona la presunta doctrina de Protágoras, son los hombres del día; lo cual prueba que las hipótesis modernas, pretendidamente derivadas de la ciencia, no tienen con ella relación alguna, y nacen, no de una nueva experiencia, sino de una antigua disposición de ánimo.

Se dice "experimento", y entiéndese "sensación", y algunos hay, que como Mach, que adoptan ya francamente el segundo vocablo.

La hipocresía, precisamente el defecto que achacan a los antiguos, es lo solo nuevo. Suélese dar a creer que las recientes doctrinas nacen de una penetración más profunda de lo real, en tanto que no son sino la burda y grosera experiencia, teorizada.

* * *

Los experimentos se admiten por todos. Si la teoría que el autor sueña triunfando en el siglo XXI, derivara de ello ya habría triunfado; pero donde no hay disputa no hay ciencia.

Los materialistas, para llamarlos con su nombre, son como de casa y se toman con la ciencia las mayores familiaridades. Muy poco, en general, les importa de la ciencia; mas cuentan con el objeto de la librea sobre el vulgo. Querido Bogliolo, no hay que dejarse engañar. Esa intimidad de que se jactan no existe, y aún en los cabecillas es el fruto de equivocaciones.

La tendencia materialista no deriva de los hechos comprobados; es una tendencia impuesta sin sostén y que al cabo compromete el interés mismo de la ciencia. No se ha de atribuir a fines ocultos, aunque puede suceder que algunos se valgan de ella para objetos inconfesables.

A lo que se mira, — de oír a estos nuevos escolásticos, — es a suprimir el espíritu, a eliminar todo anhelo de elevación, para esclavizar al pueblo tumbado en esa cárcel sin respiradero de las naciones orientales y hacer de él un rebaño asustado, en servicio del harén.

No me parece bien atribuir al prójimo malas intenciones, ni creo en ellas, pues el ingenio singular que evidencian mu-

chos de esos hombres, no se concilia con dañinos entendimientos. Sin embargo, la supresión, no de Dios, sino de la inteligencia, es el fin a que se llega. Y éste se persigue no pocas veces con buena fe, por errores invencibles y por la repugnancia vulgar a admitir otra realidad fuera de lo que se vé y se toca.

El realismo absoluto debería ser la creencia de esa gente (todos los materialistas antiguos fueron realistas); pero no es así. Realistas por una parte, por la otra son ilusionistas: la sensación es su realidad; definen la sensación un grupo de relaciones, y a éstas no le dejan sino una realidad ilusoria.

Ante todo, entender es distinguir, y no confundir; reconocer las diferencias y no ver solamente las analogías. Entre un cuadro de Velázquez y el trapo en que él limpiaba sus pinceles, para el hombre inteligente hay un abismo. El lienzo y las sustancias con que componía sus colores, para el inteligente no tienen importancia alguna: lo que vale es la concepción, el dibujo, la verdad de la representación. Pero para el químico no hay ninguna diferencia entre el trapo sucio y el cuadro; no menos existe para el ignorante. Ciertamente es, sin materia no hay cuadro; y, sin embargo, en la definición del segundo no cabe tampoco mencionar la materia.

Si miramos a sus manifestaciones, (y de ellas aprovecha el hombre inteligente), entre instinto y razón hay una profunda diferencia. Empero, tienen ambos algo análogo: el instinto sirve para conservar la vida, y la razón también, hasta cierto punto. No vea en ellas sino este lado, y serán dos formas de una sola cosa.

No reparando en las diferencias; buscando tan sólo analogías; tomando un objeto de observación en su grado mayor de desarrollo y otro en el inicial, y, si algo irreductible se presenta, atenuándolo, o (lo que es aún más cómodo) negándolo o apelando a experiencias futuras, se llega a crear no sé qué ilusión de identidad.

Por un camino más fácil e igualmente legítimo, se puede llegar al mismo resultado. Se define al hombre, *anima? razonable*: riase usted de la diferencia, — que por de pronto no se advierte sino en ciertos efectos, — y quedará el hombre reducido a la animalidad; ésta de igual modo se reducirá a

lo orgánico, y finalmente lo orgánico a elementos materiales.

Ese método, aplicado en literatura, empieza, v. gr., por no hacer caso de las diferencias existentes entre los poemas de Homero y cualquier otro poema. Borra, luego, la distinción entre poema y balada, u otra narración en verso; y se llega a explicar los poemas homéricos con los cantos de los serbios o de no sé qué tribus del Turquestán.

¿Qué se puede decir de un tal método, sino que es un esfuerzo para no entender? Un período de Demóstenes, ¿qué viene a resultar? Palabras. ¿Y éstas? Sonidos articulados, no diversos pues, materialmente, de los gritos de un mono, que son también articulados; y estos gritos, a su vez, manifestaciones de alguna disposición interior, como el alfabeto mudo de la cola de un perro.

* * *

La dialéctica se opone, y rien de la dialéctica; la lógica protesta, y se burlan de la lógica. Como el hábito puede cambiarse en una segunda naturaleza, se reduce la lógica a hábitos. La necesidad lógica es un hábito, una necesidad de hecho y no de derecho.

Con tal procedimiento se puede llegar a cualquier conclusión, y no veo por qué se prefiera el método fatigoso de los experimentos. Así es cómo conceptos tan distintos como el de condición y el de causa, se identifican; e identifican también la espontaneidad y la libertad, para negarlas a ambas.

Sin embargo, la tarea presenta dificultades; pero entonces se acude a la mitología. El tiempo vuelve a ser, como para los órficos, el creador de todas las cosas. Alargando el brazo de la palanca cuanto sea necesario y dándole un punto de apoyo, un átomo podrá equilibrar a la tierra. Pero la ciencia dice un *átomo*, y no *nada*. La fuerza, por pequeña que sea comparada con la resistencia, no puede faltar más; el solo brazo no basta.

Tal vez lo mismo se pueda decir del tiempo, y acaso alargándolo se expliquen muchas transformaciones; pero el solo tiempo es insuficiente. En cambio, aquí el tiempo lo hace todo.

—Cómo logra que de un protoplasma primitivo. . .

—Oh! nada más fácil. Los millones de años lo hacen todo; y si parecen pocos se agregan ceros a la derecha.

* * *

Entre intuición e hipótesis hay una diferencia esencial. La intuición hace ver el cómo, explica; la hipótesis, cuando no se da tal nombre a la intuición, no explica nada y casi siempre nada dice. La intuición acude sola, y la llaman hoy inspiración, nombre destinado a desaparecer pues resulta algo sospechoso-

Una intuición fué la de Newton. Cae la pera, pero no según la perpendicular: como corría el aire, vino a dar en las narices del gran hombre. Un relámpago: la luna pera; ¿y por qué no cae? — era el roblema que ocupaba la atención de Newton. — Pues porque una segunda fuerza, distinta a la gravedad, y que, de operar sola, llevaría la luna horizontalmente a distancia infinita, se lo impide. He aquí resuelta la cuestión.

Un hecho tan vulgar como el de la pera, pues, bastó para determinar el estallido de la intuición. Nada hay de obscuro en ella: el empuje inicial y la atracción continua explican su revolución alrededor de la tierra.

El método impone que después del hecho y la observación prolija se forme la hipótesis. No sería método si aconsejara esperar que la hipótesis se presente por sí sola. Y, así, ¿he aquí nuestros sabios atareados en forjar hipótesis! La hipótesis que nada dice, indefinible, es la preferida. Si no tiene la persuasión de la evidencia, se la dará la fuerza del hábito, repitiéndola continuamente, siempre en nombre de la ciencia, y acallando con cierta sonrisa particular las objeciones. ¿Hay alguien, que no niega, ni protesta, y no se adhiere, porque no entiende? Se le pregunta con un tonillo intencional si no será por casualidad enemigo de Garibaldi.

Una de tales hipótesis es el dios de la *evolución*. Que todo en la naturaleza se continúe como en una escalera, es observación tan antigua como el mundo. Más de un sabio se detuvo a contemplar esta gradación admirable. La *evolución* supone

que un peldaño nace de otro; y si se pregunta cómo, contesta: "pues en cien millones de años". Si se dejara libre a la inteligencia, explicaría la escalera por el carpintero, pero se ha convenido en dejar aparte semejantes explicaciones y relegarlas entre los sueños metafísicos.

Explicar la escalera por el carpintero es un problema no fácil, ciertamente, y por eso cualquier exposición es buena. Es como si hubiera que hablar de la casa sin tener en cuenta los albañiles. Podríase las reducir a vegetales, o a vegetales fosilizados, o suponer que en millones de años el polvo se haya amontonado; la lluvia lo haya amasado, y lo que no se perdió en el río, aumentando a través del tiempo se haya solidificado, formando por fin las casas. ¿Y cómo se explica la finalidad tan visible? Ante todo, negándola, y después probando que, supuesto un fin, las casas responden muy mal a él.

Otro dios es la herencia. ¿Pues yo la niego? No, pero esta idea de herencia, por sí no explica nada. *Herencia* ¿qué significa aquí sino transmisión? ¿Y cómo puedo explicar, por tanto, la transmisión por la herencia?

He aquí una nueva lógica: dar razón de una cosa, con ponerle, en vez de su propio nombre, uno metafísico.

Lo mismo dígame de la *adaptación al ambiente*. ¿Por qué siendo continuo el sucederse de verano e invierno, no se acotumbra la materia orgánica a resfriarse en invierno y a calentarse en verano? — Veo que el hombre adapta el ambiente a sí, y no se adapta él al ambiente.

Admira que hayan personas deseosas de conocer la verdad, y que, sin embargo, se contentan con tales vaguedades.

El interés puede mucho en la elección de las ideas. Con este influjo se explican las teorías de los adversarios, más que tal vez suceda lo mismo con las de él, no se admite ni entre las cosas posibles. Empero, esos resoplidos son muy significativos. Parece como si esta gente se sintiera finalmente libre de un gran peso. Pregunto si los que trajeron sobre nosotros aquel peso, tenían interés en ser aplastados?...

—No, declara el autor; eran hipócritas y no creían en lo que decían.

La impresión de tales teorías es de hielo; el lenguaje, rastro. Captación de los alimentos, repulsión, reacción, etc...

Pero, amigo, dejémonos de pesadillas. El más vivo goce que el hombre experimenta, está en reconocer la inteligencia. Jamás se escribirá nada tan hermoso como las *Geórgicas* de Virigilio. Pues la causa del deleite está principalmente en que traducen todos los fenómenos, ya de las plantas, ya de los animales, con el lenguaje de la inteligencia. Aquel árbol injertado que se asombra viéndose cargado de frutos que no son los suyos... Pero habría que traer aquí todo el poema.

La poesía misma es una animación de la naturaleza; advertir inteligencia por doquier, llena el alma de gozo. Para mí, lo que embellece a la naturaleza, la explica; y sólo la inteligencia lo explica todo.

La nueva teoría que suprime la materia y no admite sino átomos de fuerzas, la célebre teoría del jesuita dalmata Buscovich, que fundó la gloriosa escuela de astronomía de Berra, aquella teoría triunfante hoy, me es simpática: no hay ya nada muerto, nada en el mundo sin inteligencia, salvo el cerebro de esos buenos materialistas, que han jurado no entender. ¿Esos centros de fuerza por qué no serían inteligentes? Y, subiendo por la escalera, ¿por qué no tendrían conciencia las células? El hombre, en su orgullo, quiso hacer de sí mismo un ser único, privilegiado. Está bien, pues, que se le mortifique, pero no quitándole la inteligencia, sino dándole a cuanto dé algún indicio de poseerla.

El punto de partida, el *compuesto químico*, el *pobre químico* no lo explica. Oh! Si se le pregunta qué es el agua, responderá: H^2O . Mas por qué una unión de oxígeno e hidrógeno sea una mezcla y otra un compuesto, no lo dice, si sabe decirlo; conoce el hecho; sabe que quemando el hidrógeno se compone agua; pero ignora, por qué el *agua* es tan distinta de sus componentes, por qué es un líquido, y luego tantas propiedades nuevas. Mezclados hidrógeno y oxígeno, no se combinan sin algo exterior, que será una centella o lo que se cree, cuya acción permanece en el misterio, pues no tenemos en la naturaleza material un ejemplo de ella que pueda auxiliarnos con su luz.

La inteligencia, en cambio, ofrece mil. Si a 2 añado 2, tengo 4, esto es, un número con propiedades bien diversas de las del 2, v. gr., el de ser un cuadrado, mientras que el 2 no lo es. Junto *hipo* (caballo) y *dromo* (carrera), y sale *hipódromo*, cuyo concepto no tiene nada que ver con sus partes. Quiero decir, pues, que en el mundo de la inteligencia se ofrecen mil fenómenos que ayudan a comprender. Pero esa buena gente cuando entiende algo, imagina caer en lo vulgar, ni más ni menos que los wagnerianos. Una explicación científica ha de ser una fórmula mágica; no estudian para saber, sino para distinguirse, elevarse; y para el vulgo nada es tan digno de admiración como el que aparenta comprender lo que no tiene sentido.

En el Casino nunca falta quien, viendo desaparecer a una persona, diga: "óptica"; así, esa gente cree que pocas fórmulas químicas lo explican todo. "Dante!", dice uno, admirado, y el químico: "H²O". Mas ellos saben que no se han de introducir *entidades absurdas*; explicar el sueño por la *virtus dormitiva* es una de las cosas que andan repitiendo con mayor satisfacción, uno de sus chistes. Pero no sospechan que ellos se encuentran en tal caso: son maridos confiados que rien al ver las astas de los rumiantes.

Todo se enlaza en la naturaleza: bien, belleza, verdad. Esa *sabiduría* es tan pesada y asfixiante como postiza. Soy un *metazoo*: ¿y qué hay más? — Los *protozoos*. — ¿Y entre los unos y los otros? — "Parece ser que haya algo, en efecto: la *Salivela salve* de Córdoba".

Aunque no haga sino empezar, porque el tema es muy largo, déjeme poner punto final, y quedamos en Córdoba.

H. Fritz.